



# EDITORIAL

MARÍA JOSÉ GUERRA PALMERO  
DIRECTORA



**C**uadernos del Ateneo de La Laguna, en este su número 28, se suma a la corriente de reflexión acerca de las fronteras y sus implicaciones en el mundo de hoy. La frontera remite a un acto arbitrario, a la delimitación de un territorio y a los títulos que recaen sobre él. Es, en suma, una construcción histórica modelada por tensiones y cambios económicos, sociales y políticos. Las fronteras, secularmente, han sido el escenario de las tensiones bélicas entre países, y su tránsito ha servido para recaudar pingües ganancias. Europa ha ensayado, en las últimas décadas, un modelo supranacional en el que se ha garantizado a sus ciudadanos la libre movilidad. Sin embargo, frente al Sur y al Oeste –nuestra frontera como canarios– y al Este, Europa se ha convertido en *Fortaleza*, por supuesto que no inexpugnable, dado que lo que eufemísticamente se denomina “presión migratoria” es una variable cuasi constante y requerida por la maquinaria económica para, simplemente, seguir funcionando.

En la actualidad, las fronteras –para los que quieran quitarse la venda de los ojos– señalan las desigualdades globales, separan a los favorecidos de los desheredados, y sirven, desgraciadamente, con un claro espíritu anticosmopolita, para renacionalizar las políticas de países, que, como los europeos, las han disuelto para el club de los privilegiados, en consonancia con la exigencia de competitividad de la economía global. Hoy, proliferan, forzados por las clases políticas y los complejos mediáticos, los esfuerzos por definir qué es ser francés, qué es ser británico, qué español o qué italiano. Las esencias nacionales, disueltas hace mucho por los efectos de la colonización cultural del capitalismo consumista –de la Coca-Cola al McDonalds, de los videojuegos a Microsoft– son invocadas por Sarkozy, Gordon Brown, Rajoy o Ber-

lusconi para exigir a los inmigrantes eso que ha venido en llamarse “contratos de integración”. Esta exigencia es directamente contraria al mandato universalista de los derechos humanos, el cual fundamenta la posibilidad de pensar un cosmopolitismo incluyente y democrático –dialógico, como recientemente ha propuesto Eduardo Mendieta. Esto es, no nos referimos, precisamente, a un pseudocosmopolitismo, de boquilla, que usualmente, no es otra cosa que insultante hipocresía. Este último invoca los grandes ideales ilustrados (democracia, universalismo y derechos humanos), para inmediatamente después, dejarlos hechos trizas ante la maquinaria de excluir e ilegalizar que son las fronteras políticas entre los países llamados desarrollados y los países empobrecidos. Todo ello, por supuesto, en una precisa y ajustada sintonía con las dinámicas asimétricas de la economía global.

Entre el fenómeno social y demográfico de las migraciones y los ideales universalistas se intercalan los focos que confunden el debate: la injusticia económica que se ha consolidado en las últimas décadas de la globalización y los rescoldos, aún calientes, de las viejas aspiraciones nacionalistas vinculadas a un particularismo basado en la romantización del pueblo, de la nación, o, como sucede ahora, en la supuesta superioridad de lo europeo u occidental, a imagen de lo civilizado, frente a la barbarie. Históricamente, el imperialismo y el colonialismo fueron impulsados por esta conjunción económico-política en la que los discursos universalistas sólo desempeñaban el papel de una supuesta coartada civilizatoria al servicio de justificar la dominación de los otros. Concedida la mayoría de edad política a las colonias, el patrón económico desigual se ha transformado manteniendo, al hilo de la hegemonía del neoliberalismo, las desigualdades y asimetrías y ha sido decisivo en la proliferación de los llamados “estados fallidos”.

Así que, en el presente, nos encontramos ante esta deficiente mundialización en la que los capitales fluyen libre y especulativamente, desatando crisis financieras que ocupan todas las cabeceras de los periódicos, y, en la que, sin embargo, la fuerza de trabajo es lo único que no se liberaliza en esta desgastada utopía globalista. La crisis alimentaria o la crisis climática no logran el protagonismo que les debería corresponder. Mientras tanto bancos, corporaciones –como la *General Motors*– y aseguradoras multinacionales se alimentan, sin rubor alguno, de los presupuestos públicos que tendrían que destinarse a educación o sanidad. Nuestro mundo ha acuñado la escandalosa fórmula de “socialismo para ricos y neoliberalismo para pobres”. No obstante, la indignación de la opinión pública no parece proliferar ante el parasitismo irresponsable de las entidades financieras y

de la connivencia obligada de los gobiernos. Los contingentes de trabajadores y trabajadoras del Sur han sido, son, y serán necesarios para que la maquinaria económica siga su marcha insostenible de crecimiento, pero, son convertidos en el chivo expiatorio para que las llamadas “sociedades del bienestar” –en donde campan por sus respetos las patologías mentales, el estrés, los infartos y la obesidad– liberen sus tensiones y encuentren mecanismos de autoafirmación frente al otro “ilegal” y “sospechoso”.

En las últimas décadas, no hemos dejado de hablar del “agotamiento de las energías utópicas”. Es cierto, el capitalismo basado en el consumo genera adormecimiento y conformismo, la industria del entretenimiento lo ocupa todo y la pulsión de consumir el último gadget –creo que ahora es el *iPad*– nubla el juicio crítico. Pero en los acallados foros donde se sigue pensando, sin estar financiados por las multinacionales –que sostienen a los famosos *think-tanks*–, se siguen aquilatando propuestas muy concretas y factibles como la eliminación de los paraísos fiscales, la condonación de las deudas externas de los países empobrecidos, las reformas de las leyes sobre patentes, etc., dirigidas a modificar el orden económico mundial con el fin de expandir los anhelos de la justicia social hasta alcanzar una Justicia Global y reconocer que los derechos sociales y económicos –algo tan elemental como el no morir de hambre– deben situarse en el núcleo duro de los derechos humanos.

En paralelo, la relativización de las fronteras, de manera que no supongan el cercenamiento de derechos individuales, debería ser correlativa a la fértil generación de transnacionalidad que, hoy por hoy, propician las comunicaciones y que suponen que muchas personas, al migrar, no se desvinculen de sus países de procedencia. La cultura de la movilidad (la de las élites económicas, académicas o el mismo fenómeno ubicuo del turismo de masas), promovida glamourosamente por los apologetas de la globalización, es, sin embargo, denostada para los parias de la tierra a los que se exige que “esperen” a que el desarrollo acontezca allí, en sus países de origen. Nos tememos que la única manera sería de afrontar los retos planteados por las migraciones es relacionarlas directamente con sus causas e impactos en los países del Sur global. Demasiada preocupación por el patio propio, y ninguna, salvo que medie una catástrofe susceptible de ser retransmitida por la televisión a modo de espectáculo global, por el patio ajeno. El genocidio silencioso del hambre y el que propicia el no acceso a medicamentos esenciales sigue sin sus correspondientes voceros.

En este número Antonio Campillo, Gabriel Bello y Wolfgang Heurer nos ofrecen nuevas perspectivas críticas sobre las migraciones en relación

con el cosmopolitismo, la democracia, las diferencias y la alteridad, el traicionado humanismo y las interpretaciones de los derechos humanos. Carmen Gregorio Gil nos invitará a pensar las imágenes de las mujeres inmigrantes que nos proporcionan los medios de comunicación distorsionando la realidad para acentuar su identificación con la barbarie y el atraso. Pero, la reflexión sobre las fronteras y los límites no se queda aquí. Otros colaboradores –Pompeyo Pérez y Josep Vilageliu– aportan visiones desde la música y el cine, respectivamente. No obstante, la crítica literaria, en la que se repiensen los géneros, y sus confusiones, y la pertinencia y/o impertinencia de las delimitaciones y los desgloses, aborda las obras de Bolaños, *2666*, a cargo de Cecilia Domínguez, Danticat, por parte de Ada Vilageliu, y, finalmente, *Terramores*, de Víctor Álamo de la Rosa es analizada como “novela de frontera” por José Ramón Sampayo.

No podemos dejar de resaltar que nuestra querida poeta y escritora Cecilia Domínguez nos invita a recordar al gran maestro de las letras canarias y universales que ha sido el recientemente desaparecido Rafael Arozarena. Igualmente, José Juan Pérez nos recuerda a Mario Benedetti, referencia indiscutible de la educación sentimental y política de tantas generaciones. Completan este número 28, las habituales secciones dedicadas a las exposiciones de arte y a la crítica de libros.

Finalmente, me queda por decir que este número debe mucho a dos acontecimientos culturales de este año 2009 celebrados en la Universidad de La Laguna. En la primavera, el XLVI Congreso de Filosofía Joven (antiguo Congreso de Filósofos Jóvenes) dedicado a “Límites y Fronteras”, y cuyo título hemos invertido para este número de *Cuadernos del Ateneo*. En él más de cien ponencias de jóvenes investigadores pusieron al día la reflexión sobre esta poliédrica cuestión. En el otoño, el Instituto Universitario de Estudios de las Mujeres organizó el Congreso titulado “Género y Fronteras” con una importante presencia de estudiosas nacionales e iberoamericanas. En suma, nuestra condición atlántica, como archipiélago hospitalario que intersecta tres continentes, nos obliga a asumir la responsabilidad de pensar las coyunturas del presente, sus desigualdades e injusticias, y a no olvidar que el abismo marino, teñido desgraciadamente de naufragios y sangre, entre estas afortunadas islas y el África subsahariana nos sitúa en la frontera más desigual de la tierra. Turistas sonrosados del norte coinciden en nuestras playas con los desheredados famélicos del sur. El caso es que o la justicia será mundial o no será.